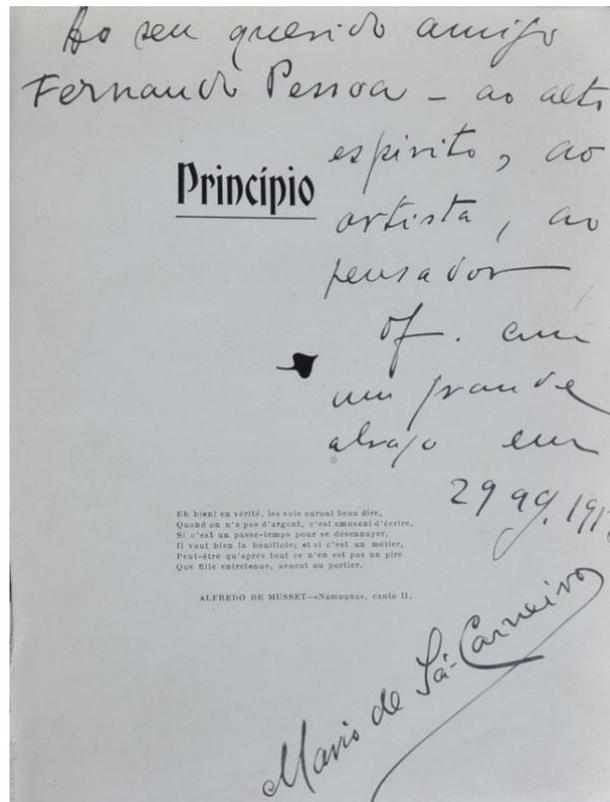


Cartas de Mário de Sá-Carneiro a Fernando Pessoa. Diciembre de 1912

Traducción de Laura Bernal Martín, Sara Blanco Castellón y Ana de la Calle Navarro



CARTAS DE MÁRIO DE SÁ-CARNEIRO A FERNANDO PESSOA.

Diciembre de 1912

Traducción de Laura Bernal Martín, Sara Blanco Castellón y Ana de la Calle Navarro

Coordinación y revisión de la traducción: Rebeca Hernández

París, diciembre de 1912

Día 2

Querido amigo:

Recibí ayer su carta del día 28 que tanto, tanto agradezco. Como siempre me sucede al leer su correspondencia, disfruté de unos deliciosos instantes espirituales por los que ahora estoy en deuda con usted.

Y además su carta me ha reconfortado. Porque su carta define maravillosamente aquello que yo siento. Es usted el médico que explica a su paciente todo el minucioso

engranaje de su enfermedad. Y como siempre nos reconforta sabernos comprendidos, su carta me ha reconfortado. Me ha herido sobre todo, amigo mío, con notas que nunca olvidaré. Y con esta especialmente: “la familia, para esa enfermedad, no es antídoto, sino lecho”. ¡Qué gran verdad, cuántas veces, sin expresarlo, lo he sentido así...! Que para mí, el “seno familiar” fue seno donde siempre estuve tranquilo...

Así y todo, últimamente, me va un poco mejor, aunque muy poco. ¿Por qué? Sin motivos, como sin motivos las crisis se agravan. Quizás sean influencias subconscientes, y la atmósfera, el perfume del aire, el color del cielo, las personas que deambulan a nuestro alrededor, tal vez manden sobre nuestro estado. Así, yo ayer, sin motivo, pasé un día aceptable. Hacía poco sol y mucho frío. Merodeé solitario al medio día por los bulevares. Y como era domingo y se encontraban vacíos de gente, la escena se me antojó grata; el aire olía bien, me sentí reconfortado.

En el «desaparecer» de mi carta había, es cierto, un revólver que apuntaba a mis oídos; pero había también otra cosa. Y es que yo, cuando busco, encuentro dos formas de desaparecer: una fácil y brutal (el agua profunda, el estallido de una pistola); otra suave y difícil (la neutralización de todos los ideales, de todas las ansias, el despojarse de todo lo bello y precioso que existe en nosotros). ¡Ah! ¡Cuántas veces experimento un deseo violento de alcanzar esta “desaparición”! ¿Pero cómo? ¿Cómo...? ¡Y el dolor, la rabia concentrada que aúlla y despedaza, que atravesaría todo mi ser, en la hora del triunfo...!

Y la otra desaparición es horrible, y ambas formas son *egoístas*; una torpe, cobarde la otra.

Además, hecho interesante, cuando medito durante horas sobre el suicidio, experimento un doloroso pesar por *tener que morir forzosamente un día*, aunque no me suicide

(de hecho, tengo la certeza de que ese no será mi fin. Como digo en *Incesto*: “Mis amigos pueden estar perfectamente sosegados”).

Pero no hablemos más de estas “complicaciones enfermizas”. (En los buenos tiempos de los 80, cuando Bourget florecía, lo que estudiaban los muchachos de veinte años eran las “complicaciones sentimentales”, es decir, “amorosas”. Nuestra generación es más complicada, creo, y más infeliz. Para iluminar sus complicaciones ni siquiera existe una boca de mujer. Porque somos una generación superior).

En cuanto a nuevas ideas, muy pocas han resultado interesantes. Voy a hablarle únicamente de una, que ya ni siquiera recuerdo si le he narrado, amigo mío. Es la siguiente: contar la tragedia del aire, los dolores y las alegrías del aire —el aire como ser, como individuo. Y se hablaría de los trenes gigantescos que lo rompen brutalmente, y de las manos blancas que lo acarician; de todos los *desplazamientos*, en suma, que tienen lugar en el océano aéreo. Es esta una idea *lejana*, muy difícil de explicar en pocas palabras. Pero creo que usted, amigo mío, la entenderá. Dígame lo que piensa de ella. Yo, por mi parte, al menos por ahora, no le doy demasiada importancia.

Me han surgido otros episodios, pero sin valor. Voy a hablarle únicamente de uno que incluiré en el “Gentil Amor”. Son pensamientos frente a un carrusel del Jardín de Luxemburgo, en el que los niños giran dando palmas, locos de alegría, cabalgando sobre leones, camellos, elefantes, conejos, hormigas, todos del mismo tamaño, estos animalejos. Y se dirá: son ellos los corredores ideales del futuro, pero ay, en la infancia ellos cabalgan fácilmente, valientes, despreocupados y sonrientes elefantes y conejos, hienas y hormigas. *Cabalgan todo lo que quieren*: para ellos, existe todo lo que quieren... Pero después, en la vida cuánta sangre no verterán sus miembros para correr al fin libremente, triunfantes sobre el dorso áureo de un león salvaje... En ese *carrusel* se verá la “miniatura del ideal”. Y también

parece difícil expresar esto e incluso se lo dije de manera incorrecta e incompleta.

Discúlpeme.

Hasta ayer no recibí los n.ºs 10 y 11 del *Águia*. Me entusiasmaron los versos de Mário Beirão, tanto el soneto “Ausente” como la poesía “Cintra”. Dígame lo que piensa acerca de estas dos producciones. En “Cintra” encuentro bello por su plasticidad el comienzo, la evocación del Palacio de la Pena; colmado de entusiasmo en la última parte. Y pensamientos como estos: “Voy ausente de mí por ir conmigo” son en verdad grandes cosas. ¿Sabe? El soneto “Ausente” y ciertos versos de “Cintra” me parecieron escritos “a la manera de Fernando Pessoa”. Por ejemplo, el verso ya citado. He leído su artículo. Espléndido en su claridad, su justicia, su inteligencia. Solo lamento que para el público usted sea por ahora solo el “crítico Fernando Pessoa” y no el Artista.

Tenía más cosas que decirle. Hablarle de Santa-Rita, etc. Pero lo haré en la próxima carta, le ruego que me escriba frecuente y largamente, como hasta ahora ha hecho.

Un abrazo de su muy sincero amigo, su admirador

Mário de Sá-Carneiro

50, rue des Écoles

∞

París, diciembre de 1912

Día 3

Querido Pessoa:

Esta postal es el “post-scriptum” de mi carta de ayer. Y mi propósito es añadir lo siguiente:

1.º El *Mercur de France*, desde que estoy aquí, todavía no ha traído “lettres portugaises”. En cuanto las incluya, se lo enviaré para que lea el artículo de Lebègue sobre mi libro.

2.º Le ruego encarecidamente que me envíe, para mostrárselo a Santa-Rita, los “Violoncelos” de Pessanha y el soneto sobre la madre, e incluso algunos más si estuviera dispuesto. Es un favor que le agradecería mucho. ¿Ha conseguido más versos suyos? Un fuerte abrazo. Su muy amigo

Sá-Carneiro

Hoy he recibido la carta y el libro de Augusto Santa-Rita.

Las cartas originales se encuentran publicadas en

Cartas de Mário de Sá Carneiro a Fernando Pessoa. Ed. de Manuela Parreira da Silva

Lisboa, Assírio & Alvim 2001

Imagen: “Dedicatoria de Mário de Sá-Carneiro a Fernando Pessoa” (1912)

En: <http://casafernandopessoa.cm-lisboa.pt/bdigital/index/dedicatorias.htm>